

Precio 10 cts.

# Reproducción

Como IV, No. 65.—20 de Julio de 1921

Director:

Eliás Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

## SUMARIO

1. *La dignidad del oficio*
2. *Fragmentos de la Superstición Socialista*
3. *Erre que erre*
4. *Respondiendo*
5. *Las multitudes y los escogidos*
6. *Miscelánea*

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Venta por menor: LIBRERÍA TORMO,  
Avenida Central, frente al Banco Mercantil.

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



---

# Trejos Hnos.

Participaciones  
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento  
en la entrega  
de trabajos.

# REPRODUCCION

Tomo IV.—No. 65.—20 de Julio de 1921

---

---

## La dignidad del oficio

El problema del progreso de los pueblos es, en cierto modo, muy sencillo; se reduce al problema de que todos los hombres lleguen a saber bien su oficio. ¿Habéis pensado alguna vez en lo que sería un pueblo donde todos los hombres supieran bien su oficio? ¿Donde los industriales fuesen perfectos industriales, los profesores excelentes profesores, los políticos acabados políticos y así sucesivamente todos los gremios que integran el complejo organismo de una nación? Y por el mismo orden sería muy fácil demostrar que la mayoría de los males que agobian a los pueblos son causados exclusivamente por hombres que no saben su oficio ni tienen conciencia de la dignidad del oficio. Abunda entre nosotros esta clase de hombres, sin que para comprobarlo se necesite de excesiva perspicacia. Abunda el industrial que no está al corriente de la técnica de su industria y el es-

critor sin humanidades y el ministro de hacienda que ignora la economía política y el profesor de literatura que no sabe griego ni latín. Y así infinitos otros que tampoco saben su oficio aunque están en potencia de ejercerle con grave daño de los demás. Pero, ¿qué es el oficio para estos hombres? Para unos, los de arriba, el oficio se convierte acaso en pedestal de relumbrón, propio para disfrutar de cierto relieve social y mundano. Para otros, los de abajo, el oficio es tributo doloroso que se paga al cotidiano menester. Exterioridad para los primeros; necesidad para los segundos. Si el relieve mundano se juzgase superfluo, si el tributo no fuese de necesidad imperiosa, sobraría también el oficio. Es decir, sobraría lo único que es capaz, no sólo de dignificar nuestra vida sino también de justificarla; porque, en rigor, el hombre que no tiene un oficio no gana su vida: la usufructúa.

Los antiguos y aun los hombres medioevales, sintieron muy hondamente esa dignidad del oficio. En la Atenas clásica era cosa común que hasta los más esclarecidos filósofos y hombres

públicos ejerciesen, privadamente, alguna profesión liberal. Sócrates era estatuario. En las admirables repúblicas italianas del Renacimiento, de organización sindicalista, nadie podía residir sin hallarse inscripto en cualquiera de los gremios o corporaciones que dividían entonces la total actividad de los ciudadanos. Y así—cuando el Dante hubo de trasladarse a Florencia donde imperaba aquel gran ejemplo de civilidad, cuéntase que tuvo que inscribirse en la categoría de los boticarios, porque Dante en su juventud había sido aprendiz de boticario. Hoy mismo parece que supervive tan noble tradición en las cortes imperiales de Alemania. Intimos de aquellas cortes refieren que el Kaiser es un encuadernador excelente. Nuestro juicio sobre muchos soberanos sería, en el transcurso de la historia, más indulgente, si de ellos, como del Kaiser, pudiéramos decir que fueron excelentes encuadernadores.

Claro que en tales casos no se da al término oficio la latitud, la extensión que nosotros le damos. Según la comprensión moderna del término, el verdadero oficio de Sócrates era ense-

ñar filosofía a los atenienses, el de Dante escribir la Divina Comedia, el del Kaiser atender a la organización y progreso de su pueblo.

Pero los ejemplos anteriores no pierden por ello su fuerza edificante; antes la ganan, por contraste, comparados con lo que ocurre en nuestra sociedad familiar. Porque distribuidos los oficios en la sociedad sobre un plano jerárquico, hay gente, mucha gente que tiene miradas desdeñosas para los situados en las zonas inferiores de aquel plano, juzgando cosa vil los oficios comprendidos en ellas. Ignora tal gente que la nobleza del oficio no depende tanto de su naturaleza como del gusto y perfección que se pongan en su desempeño. Y así puede suceder que tal zapatero, que sabe su oficio a perfección, sea muy superior, socialmente hablando, al diputado ignaro que va al parlamento sin sana preocupación ni estudio profundo de las necesidades del país. Ni vale decir, tampoco, que el oficio de legislador aventaje al de zapatero en elevación o trascendencia o utilidad; porque lo cierto es que si la sociedad no puede existir sin legis-

ladores, tampoco lo puede sin zapateros. Y además—y aquí estriba toda la dignidad del oficio—que para ser legislador tal vez no ha bastado otra cosa que una maniobra de baja politiquería; pero para ser zapatero han sido precisos varios años de persistente aprendizaje, con la voluntad domeñada a la obra, en la más decorosa de las esclavitudes.

Ahora, resulta fácil establecer en nuestro medio que los hombres que mejor saben su oficio son, precisamente, los colocados en las zonas inferiores del plano jerárquico a que antes se aludió. Si es cosa de milagro encontrar por ahí el profesor que domina su materia, el jefe de repartición competente con los intereses cedidos a su custodia, el escritor que siente el peso de las responsabilidades intelectuales y morales que como escritor tiene, en cambio, no lo es tanto dar con el industrial o el agricultor o el obrero o el simple peón que verdaderamente saben su oficio y que por saberlo bien y consagrarse a él en cuerpo y alma se alzan sobre un nivel de excelsitud social infinitamente superior al de los primeros. Sin embargo, las gentes no

lo piensan así; y al desdén que muestran por los hombres modestos que saben su oficio corresponde en éstos una actitud de aquiescencia, de resignación. Ellos no tienen conciencia de la dignidad que les confiere el saber bien su oficio. Si la tuviesen, pasarían junto a los otros con más orgullo que el emperador de las Indias junto a los esclavos de su real séquito. Y no reclamaran los fueros de esa dignidad por la misma razón que los esclavos no fueron los primeros en reclamar la suya de hombres. La manumisión vino cuando alguien libre que sentía vivamente los derechos inalienables de la persona humana proclamó el crimen de la esclavitud. La dignificación de los hombres que saben su oficio, comienzo de una era renovadora para las sociedades modernas, tiene que venir cuando exista una aristocracia gobernante encargada de procurar que en cada ciudadano de la nación haya un hombre que sepa bien su oficio; de proclamar que el hombre que no sabe su oficio ni se esfuerza por saberlo es indigno de figurar en una sociedad cualquiera. Sociedad es sinónimo de colaboración.

El destino de cada hombre es tomar parte en esa obra de colaboración común hacia el acrecentamiento de los bienes materiales y culturales de la Humanidad; y tomar parte en ella equivale, simplemente, a tener un oficio, a saberle bien y a desempeñarle con aquel renovado celo que da la medida de su dignidad.

BENJAMÍN TABORGA

---

## Otros fragmentos de la Superstición Socialista

### I

Para el señor Todo-el-mundo

El hombre ha sido algunas veces capaz de actos de abnegación y de heroísmo por un sentimiento noble: Dios, el rey, la patria, la humanidad; y por esos sentimientos ha podido hacer el sacrificio de lo más caro para él, desde la libertad hasta la vida.

También a veces se entrega el hombre a una obra que le cuesta largo y

rudo trabajo, pero de la cual espera compensaciones materiales o morales, honores, gloria o una satisfacción de su vanidad, la realización de una idea y la gratitud de una persona amada. Pero jamás hubo noticia de que el hombre, sin estar movido por ninguno de esos sentimientos, se someta con entusiasmo a un trabajo asiduo, cotidiano, humilde y obscuro, por interés de todos, es decir, de nadie. Es preciso constreñirle a ello por la fuerza: esclavitud y servidumbre del terruño. La elección de oficio hecha por el hombre suele determinarse por sus aptitudes, por la esperanza de ganancia, por condiciones económicas especiales o por motivos de familia; en todo caso por su interés particular o por el de las personas para él queridas. Puede decirse que la elección no es libre en realidad, como se puede decir lo propio de cada acción humana, en el sentido de que está determinada por motivos; pero, a lo menos, el hombre tiene la ilusión de su libertad, tan cara para el corazón humano.

Actualmente, el hombre se resigna de buena voluntad a su cotidiano tra-

bajo, pensando que puede asegurar a sí mismo y a su propia familia mejor porvenir. Impórtanle muy poco el Estado y los grandes intereses colectivos. Si le quitáis directa o indirectamente la facultad de acumular sus ahorros y la de transmitirlos a sus hijos; si no le permitís soñar que algún día pueda hacerse propietario de algún pedazo de tierra o de una suma de dinero, y que al final de su carrera podrá tener descanso en el seno del bienestar conquistado por medio de tantos años de sacrificios, ese hombre no tendrá ya más propósito que ganar lo que baste para su subsistencia. Por consiguiente, quedará en él anulada toda actividad que no fuere necesaria para ese efecto.

Tal es, innegablemente, la naturaleza humana. El hombre quiere ser independiente; en consecuencia, desea ser propietario, porque sólo la propiedad puede darle la independencia. No trabaja sólo para conseguir el alimento cotidiano, sino también para lograr ese objetivo.

Ignoro si la natural tendencia del hombre es el trabajo o la ociosidad.

Lo que sé es que el hombre detesta todo lo que es *forzoso*, lo mismo el trabajo que el descanso forzados. Si se somete a la disciplina es con la esperanza de que ésta no dure mucho. El hombre no gusta de trabajar sino cuando el trabajo representa para él un pasatiempo o una misión que él mismo se impone. En el actual orden económico, que es el verdadero orden natural, mediante un exceso de trabajo puede conseguir lo suficiente para lograr su objetivo, que es la libertad completa de ocuparse en lo que le viniere en gana.

¿Y el socialismo pretende sustituir al móvil del interés privado, o hasta del capricho individual, el sentimiento del deber que obligaría al individuo a realizar todos sus esfuerzos por el interés colectivo!

Pero, ante todo, ¿existe ese deber? Mucho lo dudo. ¿Acaso tiene cada uno el deber de preocuparse del aumento de la producción general de los trigos y de las mercancías? ¿Preténdese que trabaje yo para el mayor bienestar de todo el mundo? Pero ¿si no conozco a ese señor 'Todo-el-mundo, ni sé quién

es! Si hago un sacrificio es porque pienso favorecer a alguien y hasta cuento con su gratitud. Pero no se me pasa por las mientes un sacrificio en pro del señor 'Todo-el-mundo; si hablo de ello, cada cual se me reirá en las barbas. Quizá vaya todo esto contra la enseñanza de la ética más pura; pero lo que digo es verdad, porque tal es la naturaleza humana.

## II

### Del bienestar de las clases superiores depende el de las inferiores

Puede concebirse la propiedad y la gestión colectiva de industrias determinadas, por ejemplo, de las minas, de los medios de transporte o de comunicación (lo cual se ve ya en los Estados Unidos, donde los ferrocarriles, los canales, los telégrafos son propiedad del Estado y están administrados por él), sin que esto implique de ningún modo la socialización de la tierra cultivable. Puede más bien decirse que *una forma de propiedad individual, se presenta siempre junta con una for-*

*ma de propiedad colectiva.* Lo que no puede concebirse es que un Estado pretenda abolir toda propiedad individual presente y futura, expropiando sin indemnización los bienes de los ciudadanos y anulando así el producto del trabajo y del ahorro de los individuos. Repito que esto no puede concebirse, con las ideas en las cuales hemos nacido y de las que tenemos hondo convencimiento. Estas ideas no se destruyen en la humanidad, al antojo de los legisladores. Una frenética revolución del proletariado pudiera acarrear este resultado, pero sólo consumiría la ruina de los propietarios actuales. No podría impedir después la resurrección de la propiedad individual, y sólo habría de nuevo las personas de los propietarios.

Pero, ¿podría el socialismo de Estado deshonrarse con excesos tales? No lo creo, pues sus partidarios comprenden que el Estado no puede cimentarse en la violación del derecho. Las heridas, harto profundas ya, hechas a la propiedad individual, mueven ahora a meditar a los hombres de Estado; y la reflexión mostrará lo oportuno.

tuno de refrenar esta tendencia, cuyos peligros ha demostrado tan evidentemente la verdadera ciencia sociológica.

Por otra parte, cuando una nación llega a cierta etapa de progreso, el Estado puede despojarse de muchas de sus atribuciones, sin peligro para la civilización.

Una vez libre el Estado de pesadas cargas, lo cual producirá el efecto de disminuir los impuestos, podrá cada uno gozar de la mayor parte del fruto de su trabajo, mermado hoy por la obligación de contribuir para obras e instituciones de interés especial que en nada le atañen. Se restaurará así la propiedad individual, y esto aumentará la riqueza pública, disminuyendo la miseria de las clases inferiores, que sufren cruelmente, no por la existencia de las grandes fortunas, sino más bien por el malestar económico de las clases superiores.

### III

De un hombre pobre, hacen un hombre malo

Los socialistas dicen que quieren el bien de la humanidad; pero el mal que

hacen entre tanto es inconmensurable. Cuando, dirigiéndose al obrero fabril y agrícola, comparan la situación de éstos con la de los ricos, les hacen ciertamente mucho más desgraciados. «La miseria de esas pobres gentes, su verdadera miseria, comenzó precisamente desde el nefasto día en que sin ser llamados ni deseados os metisteis en sus chozas y fingisteis extremece-ros o tamblasteis de veras, porque en esas chozas encontrabais cebollas y no pasteles, porque en esas chozas no veáis nada de esas cosas superfluas que son ya una necesidad para vosotros, corrompidos de cuerpo y de alma, y juzgando por ello lo que sufriríais vosotros, asmáticos y escrofulosos, si habitaseis allí dentro, si comieseis de esos alimentos y os acostaseis en tales camastros, salisteis despavoridos clamando por la infamia de esta sociedad que permite tanta miseria; y entre una salsilla excitante y un guiso sabroso, entré un vaso de vino Oporto y una copa de vino Champaña, llorasteis lágrimas mentidas por estos pobres ilotas». (N. Misasi, en el *Corriere di Napoli*, agosto de 1894.)

Y cuando se trata de dolores reales y sentidos, esos apóstoles los irritan con absoluta falta de generosidad, revelando al infeliz la extensión de su miseria, poniendo sus llagas al descubierto, pero guardándose bien de curarlas (porque esta nueva especie de filántropos no admite la caridad) sino, por el contrario, vertiendo en esas llagas vinagre. En vez de decirle que también los ricos en sus soberbios palacios quizá sufran no menos que él (pues placeres y dolores, necesidades y deseos, todo es relativo en este mundo), le afirman con mentira que la causa de su miseria es el lujo de los ricos. Y de ese pobre hombre hacen un malvado, enseñándole a envidiar y aborrecer.

Lo que los socialistas quieren, mucho más que la recta interpretación de la estadística y de los fenómenos económicos, es formar las almas en la religión del odio.

R. GAROFALO

## Erre que erre

¿Qué es la moneda? ¿Es un simple convenio para efectuar cambios? Hay gente que así lo cree, y hay gente que lo escribe. Pues se equivocan. Que sea de metal o de papel, la moneda es una sólida realidad. Si es de metal, *constituye una mercadería* con valor propio. Si es de papel, *representa una mercadería*, un producto que ocupa un lugar en el espacio.

Los productos no se cambian sino por productos.

El campesino produce caña o café para tener vestidos y herramientas agrícolas; el industrial fabrica herramientas para tener azúcar y café, etc.

Toda mercadería puede ser moneda, puesto que toda mercadería es una riqueza que puede ser cambiada por otra riqueza. Pero para poder representar un útil instrumento de cambio y servir de medida común para la evaluación de las otras mercaderías, debe la *mercadería-moneda* poseer ciertas cua-

lidades: debe ser bastante rara para conservar siempre un valor verdadero; su producción y su utilización industrial deben ser sensiblemente constantes, a fin de que esté asegurada la firmeza de su valor a través del tiempo; debe ser incorruptible, a fin de poder cruzar los mares y los siglos; debe ser divisible sin pérdida de valor, a fin de prestarse a todas las transacciones. Ahora bien, los metales llamados preciosos reúnen estas cualidades, y, entre ellos, el oro a la cabeza.

¿Qué es, pues, un billete de banco? Es una pieza comercial liviana, cómoda para las grandes transacciones, y que representa oro u otra mercadería real.

¿Qué sucede cuando al lado de los verdaderos billetes de banco crea el Estado falsos billetes, que no constituyen prendas efectivas? Una comparación reciente de Jorge Valois va a hacer comprender lo que entonces ocurre. Imagínense Uds. que 10 individuos convienen en hacer un paseo campestre, comprometiéndose cada uno a llevar una botella de vino, que ha de ser vaciado en el recipiente de

que han de beber todos por igual; y supongan que siete de ellos llevan agua en vez de vino. ¿Qué sucede? Que el vino es *mojado*, con pérdida manifiesta para los honrados y ganancia segura para los falsificadores.

Pues bien, cuando el Estado echa a la circulación billetes sin valor, hace lo que los siete falsificadores del ejemplo: DEPRECIA el papel-moneda, con pérdida evidente para los productores: da agua y bebe vino.

---

## Respondiendo

Amigo Noriega:

Ud. que sigue con atención el movimiento de la prensa latino-americana, recordará tal vez que don Federico Calvo me dirigió hace 15 años un elogio que resulta ahora convertido en injuria. Pero no es ello lo que me mueve a protestar contra la ligereza inexcusable con que los diarios reproducen los artículos de sensación, así sean peligrosísimos y evidentemente anti-sociales. ¿Qué sería de la juventud

si acogiera sin pruebas la opinión pseudo-científica de Carl Murchison, propalada por don Federico Calvo?

Carl Murchison no es ningún Claudio Bernard ni nada parecido. Es un criminal condenado en Illinois por FALSIFICACIÓN; y esto bastaría para no tomar en serio sus experimentos mal intencionados y sus ridículas conclusiones. Ha ideado un modo de medir la inteligencia y la bondad—¡MEDIR LA INTELIGENCIA Y LA BONDAD!—y después de aplicarlo a soldados, estudiantes, prisioneros, etc., se ha atrevido a sostener la opinión opuesta a la expresada por casi todos los grandes pensadores, no reunidos en asamblea, sino aisladamente, en lugares separados y en siglos distantes.

Cuando se está en un terreno que no es el de la ciencia, puesto que no cabe demostración irrefutable; en otras palabras, cuando se está en un terreno de meras opiniones, lo juicioso siempre es atenerse a la de esa mayoría integrada por las lucientes minorías diseminadas en el tiempo y en el espacio. Ahora bien, en el caso concreto, esta opinión válida es la de que: la armo-

nía funcional, la salud, la inteligencia, la placidez mental, la bondad, están al unísono en un organismo normal.

Frente a Murchison—y con algo más de autoridad que él—puedo rededcir: se es malo en la proporción misma en que se es tonto.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

---

## Las multitudes

## y los escogidos

Odi profanum vulgus et arceo.

HORACIO (Siglo I, antes de J. C.)

El sabio no pregunta qué piensan los demás: no va con el pueblo. Semejante a esos astros que describen una ruta distinta de la descrita por las otras estrellas, se dirige por opiniones contrarias a las del *mayor número*.

Unus mihi pro populo et populus pro uno.

SÉNECA (Siglo I, era cristiana)

Quien quiera portarse juiciosamente debe tener por sospechoso todo lo que agrade al *mayor número*... Y cuando por batirlo o pararlo, se le diga: «todo el mundo dice o cree o hace así», responda de corazón: «¡Tanto peor! Es la vuestra una mala razón. La estimo menos, puesto que todo el mundo la aprueba».

CHARRON (*De la sabiduría*, siglo XVI)

Nuestro ministro Jurieu se ha imaginado que el pueblo es naturalmente soberano o que posee naturalmente la soberanía, puesto que la da a quien le place. Ahora bien, esto es errar en el principio y no comprender los términos.

BOSSUET (Siglo XVII)

La canalla, no me importa. Seguirá siempre canalla. Cultivo mi jardín, sabiendo bien que debe haber sapos en él: ellos no impedirán a mis ruiseñores de cantar.

VOLTAIRE (1769)

Que el despotismo tenga una sola cabeza o que tenga 700, es siempre el despotismo. No conozco nada tan

espantoso como la idea de un poder ilimitado concedido a una asamblea numerosa, así sea de sabios.

ROBESPIERRE (1792)

Todos los ambiciosos que han aparecido hasta hoy en el teatro de la Revolución, han tenido esto de común: han defendido los derechos del pueblo mientras han creído tener necesidad de él. Pero todos lo han considerado como un estúpido rebaño destinado a ser conducido por el más hábil o por el más fuerte. Todos han considerado las asambleas representativas como cuerpos compuestos de tontos o de crédulos, que es preciso corromper o engañar, para que sirvan a los proyectos criminales de la ambición.

ROBESPIERRE (1793)

Por todas partes el error domina y se siente feliz y confortado al saber que tiene a la mayoría de parte suya.

GOETHE (Fin del siglo XVIII)

Es materialmente imposible que el pueblo en cuerpo ejerza la soberanía, porque es preciso hablar y obrar, pa-

ra ser soberano, y el pueblo en cuerpo no puede ni razonar ni hacerse oír, así como no puede tampoco obrar sin derribarlo todo. El orador que se dice órgano del pueblo, miente, porque es él quien dirige por el momento la precaria voluntad del pueblo, en vez de ser dirigido por ella. El pueblo seducido adopta como suya la voluntad del ambicioso que se llama su órgano. De ahí nacen todos los desórdenes de los Estados populares y las extravagancias de sus revoluciones, que demuestran bastantemente que la soberanía—aun en un pequeño Estado—<sup>(1)</sup> no es más que un vano fantasma, dirigido a su antojo por algunos demagogos ambiciosos.

El ejercicio de la soberanía del pueblo reunido es una quimera. Los ambiciosos comienzan por influir en sus deliberaciones y acaban siempre por ahogar su libertad.

MOROGUES

*(La politique basée sur la morale, hace un siglo).*

---

(1) Léase bien: *aun en un pequeño Estado*. Es lo opuesto de lo sostenido por nuestro Ministro de Relaciones Exteriores en su prédica por la unión política de Centro América, con burla de la Historia, que nos enseña que la libertad sólo ha florecido en las pequeñas nacionalidades.—E. J. R.

Y si sacáramos las consecuencias de los principios que hemos oído profesar en esta tribuna, en cada discusión, llegaríamos a extraños resultados: yo creo que dentro de poco sucederá a los partidarios del poder representativo lo que a los augures de Roma: que no podrán encontrarse sin reír.

BONALD (Comienzo del siglo XIX)

Yo sé que al alejar a este niño, se quería establecer el principio de la soberanía del pueblo; necedad de la antigua escuela, que prueba que, desde el punto de vista político, nuestros demócratas no han hecho mayor progreso que los veteranos de la realeza.

CHATEAUBRIAND (1830)

E. J. R.

---

## Miscelánea

Todo el que, acerca de reformas económicas sociales, ha predicado otra cosa que no fuere el trabajo y el ahorro, ha mentido, ha desarrollado malos instintos en sus oyentes y les ha predispuesto a caer en la violencia

de las reivindicaciones que se manifiestan por medio del asesinato, del saqueo y de la destrucción: ésta es una verdad que la Historia explica en cada página.

MAXIME DU CAMP

\*  
\* \*

Cuando se es niño, la proximidad del invierno despierta impresiones irracionales acerca del fin de todas las cosas; la muerte por la obscuridad y por el frío. La duración del invierno parece tan larga a esta edad, que se duda de la vuelta de la primavera, que ha de rejuvenecerlo todo. Sólo cuando se está ya avanzado en la vida y cuando convendría llevar más cuidadosamente la cuenta de las estaciones pasadas, es cuando se mira un invierno con indiferencia.

PIERRE LOTI

\*  
\* \*

Se ha observado a menudo que la razón es esencialmente individualista; que todo lo refiere a seres concretos, vivientes, y proclama que el proceso

de evolución carece de importancia a menos que los fines que se alcancen contribuyan al aumento de la felicidad humana. Esta observación está ampliamente ilustrada en la literatura moderna. J. S. Mill presume que es una verdad indiscutible; Bentham la transforma en el principio de felicidad suprema; Locke afirma que el objeto del gobierno es el bien de la humanidad; Paine, en sus *Rights of Man* (Derechos del hombre), encuentra incomprensible la dudosa defensa que hace Burke del deber del hombre para con su raza. Spencer la acepta como incuestionable y proclama como ideal un estado de la sociedad en que los intereses individuales coincidan con los de la colectividad.

G. V. KRACHT

\*  
\* \*

¿Cuál es el *sexo débil*? Si débil es el que resiste menos a las enfermedades, la respuesta se tiene consultando los minuciosos cuadros estadísticos que ofrecen las sociedades de seguros relativos a la salud, y va a sorprender a Uds: el sexo débil lo formamos los hombres. En igualdad de circunstancias

(de clima, de profesión, etc.), nos enfermamos más fácilmente y morimos más temprano. Solamente de los 20 a los 40 años, durante su período de actividad genésica, se muestran las mujeres un poquitito más débiles que los hombres. Antes de los 20 son más fuertes, y después de los 50 lo son con una muy notable ventaja.

Nos burlamos particularmente de los nervios de nuestras compañeras, mientras la experiencia prueba que los tienen *al menos* tan bien templados como nosotros. Son menos sensibles (cosa averiguada desde hace más de 30 años) y padecen menos que nosotros (cosa que habría podido ser deducida de la primera).

¡Pero no faltarán todavía padres a quienes mueva a lástima el nacimiento de una niñita!

\*  
\* \*

Ciencia positiva y modestia son dos cosas inseparables. El POSITIVISTA camina paso a paso y jamás da grandes respuestas. Pero son sus pequeñas respuestas las que constituyen nuestras grandes adquisiciones. Sin pretender

resolver de un golpe ninguna cuestión, observa, mide y aplica. Estas aplicaciones son el reloj, el aeroplano, el telar, la fotografía, el cinematógrafo, el telégrafo, el teléfono, el alumbrado eléctrico, el fonógrafo, la brújula, etc. etc. Sin saber qué es la gravitación, formula las leyes del péndulo; sin saber qué es la luz, averigua su pasmosa velocidad; sin saber qué es la electricidad, reproduce el rayo y la aurora boreal. Paso a paso camina en todos los terrenos. Pregúntenle qué es la libertad y les responderá con un gesto parecido al que habrían notado preguntándole qué es el calor. Como aprecia una diferencia de temperaturas, así podrá decir cuál es su criterio de LIBERACIÓN: para él, se es tanto más libre cuanto mejor se sujeta úno a la razón. Mediten Uds. en esta respuesta y verán que en nada se opone al espiritualismo más puro.

E. J. R.



*Candil de la calle, obscuridad de su casa*, afirma una sentencia popular. Pues bien, candiles de la calle son en general todos los jóvenes, de uno y otro sexo, en la flor de la edad. La alegría de la casa la hacen los niños y los viejecitos.

\*  
\* \*

El estudio imparcial de los grandes criminales ha revelado que, mientras unos de ellos son de una incapacidad mental evidente, otros poseen una inteligencia *unilateral* monstruosa, esto es, una inteligencia que sólo se manifiesta en cierto orden de cosas. ¿Saben Uds. de algún gran santo que no haya demostrado su inteligencia en todo? ¿O saben de algún gran sabio que no haya sido a la vez un santo? Repasen la Historia: Confucio, Sócrates, Marco Aurelio, Rogerio Bacon, Sto. Tomás de Aquino, Charron, San Francisco de Sales, Lavoisier, Franklin, etc. Oaténganse al menos al recuerdo de los últimos años: Taine, Pasteur, el Cardenal Mercier, etc.